

LA PAZ, UN IDEAL BIBLICO

Emilio Betancur M.

El nuevo horizonte de la Paz

Todos recordamos con agrado lo que en nuestra formación se decía acerca de la paz y el ambiente de paz en que se nos formaba: Con la Paz tenían relación la capilla, la biblioteca, la música, el silencio de los claustros, los jardines, la meditación, etc. Era una paz de inspiración religiosa, que se gustaba como primer fruto de la conversión y que multiplicada por muchos debía producir efectos de tipo social. El énfasis estaba en la paz interior como don escatológico que una vez poseído en esta vida, debíamos cuidar a cualquier costo. Entre tanto, fuera de los claustros, se aceptaban muchas guerras a través de una racionalización evangélica, que le permitía hacer parte de los valores evangélicos, en un contexto de ideología de la cristiandad.

A los laicos les correspondía la guerra y a los sa-

cerdotes la paz profética. La guerra era la forma de castigo que Dios utilizaba contra el mal; en la que el vencedor está del lado de Dios. No se hacía un juicio ético sobre las estructuras ni una confrontación evangélica, que superando lo estrictamente individual, calificara las decisiones a nivel ético-institucional. Nunca alcanzamos a imaginarnos que la paz tuviera algo que ver con sistemas, superpotencias, inversiones, materias primas, tercer mundo, bloques, neocolonialismo, etc. O que las expresiones de la guerra desataran procesos de alienación y afectaran la vida en todos sus niveles por decisión y querer del hombre, lo mismo que por la fuerza estructural de los sistemas.

Esta perspectiva se ha modificado a partir del Concilio Vaticano II. Otros caminos han confluído hoy a un nuevo horizonte: La paz es un signo primordial del Reino, hace parte del sentido misionero de la Iglesia, es una vocación de la comunidad, una realidad ética que expresa históricamente una realidad de fe. La paz tiene que ver con la Iglesia en su totalidad porque ella es condición y meta de su realización vocacional.

Se impone una lectura de la palabra de Dios, que presente el tema de la paz en términos de historia de salvación para ver la relación y diferencia entre la paz histórico-política y la paz mesiánica y que nos permita asumir, desde la palabra de Dios, los compromisos, actitudes, y pedagogía que requiere la paz. Paz que en el Antiguo Testamento está contenida en el **Shalom** hebreo y en el Nuevo Testamento en Jesucristo.

Alianza: Justicia y Paz

El **Shalom** hebreo es un estado o situación humana que comprende la salud, el bienestar, la prosperidad, la seguridad, la ausencia de conflictos; en una palabra la integridad. Por eso **Shalom** sirve tanto para saludar como para desear lo mejor a quien se ama; lo mismo que para establecer relaciones de concordia y amistad. Pero la relación fundamental que debe mantenerse para conservar el **Shalom**, es la relación con Dios. Con el fin de mantener

esa fidelidad a Dios, Abraham está dispuesto a sacrificar el bien que constituye ese **Shalom**, su hijo. La pedagogía por medio de la cual Dios asegura la permanencia del **Shalom** es el pacto, la Alianza.

Shalom es algo intrínseco y propio de la historia salvífica, en dependencia de la Alianza entre Dios y el Hombre y que tiene percusiones histórico-sociales. El **Shalom** no se funda en una alianza humana, ni proviene de un pacto de convivencia, sino de Dios mismo. Las grandes etapas que jalonan la historia de Israel están presididas por el **Shalom-Berit** (Paz-Alianza).

En el período patriarcal, la Alianza con Abraham (Gn. 15, 17). En el período mosaico, la Alianza del Sinaí (Ex. 19-24). En el período de los jueces, la Alianza con Josué (Jos 24). En el período Monárquico, la Alianza con la dinastía de David (2 Sam 7 s; Sal 89). En el período posefílico, la Alianza de Esdras (Hech 9, 10). En el período neotestamentario, la Alianza en Jesucristo. Todo contenido de la Alianza se resume en el **Shalom**.

Isaac cancela sus diferencias con Abimelec en Guerar, por medio de un pacto que les permite después marcharse en paz. El hecho de estar en paz, por medio del pacto, les permite compartir los bienes de sus respectivas bendiciones.

En la conquista de la tierra prometida el **Shalom** de los hebreos dependerá de la capacidad de someter a los pueblos cananeos mediante un héroe libertador; y asegurar la paz mediante pactos como el establecido con los gabaonitas. La matanza que perpetró Saúl contra los Gabaonitas, además de acarrear hambre, significó para Israel la pérdida del **Shalom** y la necesidad de que los dos hijos y cinco nietos de Saúl expiaran esta matanza siendo ejecutados delante de Yahveh, para quedar éste reconciliado con la tierra. Es Yahveh quien garantiza la paz para Israel, dando así significado al título Yahveh-Shalom. Pero Yahveh no obra arbitrariamente como sucede con los dioses en las mitologías sino en función de la promesa.

Yahveh no diviniza la guerra, no es el Dios de la guerra, sino que ciertas guerras son de Yahveh; aquellas que sirven para poner en **Shalom** a su pueblo.

Más tard, Israel encuentra en la monarquía la única organización capaz de asegurar la paz. David y Salomón establecen una paz que se manifiesta en seguridad y llama la atención a los pueblos vecinos quienes buscan establecer alianzas que les aseguren la paz de Israel.

Aunque la paz presuponía una fuerza, sin embargo, para Israel era muy claro que ésta no condicionaba el logro de la paz puesto que el camino de la paz era la justicia. Las guerras de conquista y posesión de Canaan eran para Israel, guerras queridas por el Dios de los padres; pero era la paz el bien querido, como don mesiánico por excelencia; el bien presente en todas las dimensiones de la vida hebrea; objeto incluso de conversación y saludo y despedida: **Shalom**.

En esta misma línea, el derramamiento de sangre no constituía un atentado contra la paz; sino la sangre del pacto, el derramamiento de la paz; es decir, donde existieron lazos que garantizaran el **Shalom**. A este derramamiento de sangre se le llamaba "**violencia**". Para restablecer la paz rota por esta violencia, se requiere derramar la sangre de quien ha derramado esa sangre en la paz. Por eso David debió haber ejecutado a Joab como lo había hecho con quien dio muerte a Saúl; pero ante la dificultad e impotencia para hacerlo dejó el castigo bajo la responsabilidad de Yahveh.

Los textos de Samuel critican a la monarquía (1 Sam 8-12) por dar a Israel una paz semejante a la egipcia que no alcanzaba a entusiasmar a Israel ya que no era signo de la Alianza.

La violencia destroza la Paz

Los comienzos de esa monarquía representaron para Israel su primera reflexión teológica acerca de la historia de la salvación y del papel de la monarquía en el plan

de Dios. Esa reflexión es conocida como documento o tradición Yahvista.(J).Expresiones como "Hueso de mis huesos y carne de mi carne", expresan la situación de las tribus en el pacto hecho con la casa de David.

El Yahvista conoce y reconoce la presencia y consecuencias del mal en la historia. Ese mal que aparece como violencia destroza la paz paradisiaca, el **Shalom**, que como árbol de vida, permitía acceder a la posesión de ésta en una solidaridad comunitaria de "carne y hueso". Del **Shalom** paradisiaco hacen parte: Rendir culto, cumplir, cuidar, servir, labrar, observar, cultivar. Pero si ese **Shalom** no existe es porque en el hombre hay una ciencia del bien y del mal que no es don de Dios, como sí lo son los mandamientos y preceptos de la Alianza que están bajo la responsabilidad del rey.

El dominio del pecado, significado en la serpiente, produce la separación de Adán y Eva, Caín y Abel.

Entre el canto de Adán y Eva y el canto de Lamec hay diferencias de fondo: Adán está vuelto a su mujer, Lamec está vuelto hacia sí mismo, hacia su propia violencia; no pudiendo escuchar a Dios, el centro es su propio yo, constituyéndose así en centro de la violencia. El Diluvio es sólo consecuencia de la violencia que se ha instaurado en la humanidad.

La Palabra fuente de la Paz

También en la tradición sacerdotal (P) la paz y la violencia son objeto de su reflexión. Al autor sacerdotal le interesa un mundo ordenado en paz a partir de la palabra de Dios, en obediencia a esta palabra. Las diez palabras ordenan la existencia de Israel en la tierra del reposo.

La corrupción de la tierra es el resultado de la violencia, dice el autor sacerdotal, pero sin la explicación del cómo y por qué se introdujo la violencia en el mundo. Sólo el hombre "Creado a imagen y semejanza de Dios", para quien todo fue hecho, tiene la posibilidad de dominar to-

da la creación, en el contexto del séptimo día como tiempo santo, signo de la Alianza, capaz de convertir la historia en un gran sábado por el cumplimiento de las palabras divinas.

Desde Babilonia, desierto en el que está deportado, Israel debe comenzar a guardar el sábado, signo de la Alianza, y camino hacia la paz. Sólo así se asegura el descanso del séptimo día, es decir, la posesión tranquila y plena de la tierra donde Yahveh habitará y acompañará a Israel.

Shalom es siempre una situación concreta inimaginable fuera de la experiencia de cuanto acontece y acontecerá, no es idea o doctrina. El **Shalom** es la mejor expresión del primer mandamiento Sinaítico. La dimensión existencial de la paz de Dios implica un nuevo modo de hacer la historia del mundo, no como actitud privada de corazones convertidos, sino como estructura pública que exige la abolición de la injusticia practicada como un derecho por los poderosos. "Ay del que edifica su casa con injusticias, piso a piso inicualemente, hace trabajar de balde a su prójimo, sin pagarle el salario" (Jer 22, 13).

Un estilo particularmente dañino de la violencia es el juicio injusto. El ejercicio de la justicia debería ser la mejor garantía de paz para Israel. Amós acusa a aquellos que cambian en ajeno la justicia; y luego exhorta a aquellos que tienen la obligación de implantar justicia en la puerta (los jueces).

El fundamento de la justicia y la paz de Israel estará en la ley de Yahveh. La perspicacia y certidumbre que los profetas tienen acerca de la ruina se debe a que ellos ven una justicia generalizada y una imposibilidad para restablecer la justicia, porque los dirigentes ya se comprometieron con la injusticia. A esto se suma que "los profetas de mentira" le hacen cometer torpezas al pueblo haciéndole promesas de una paz al margen de la Alianza, tomando como palabra de Dios sus cálculos políticos, confundiendo así lo religioso con lo político. Así no puede existir templo porque la condición de su exis-

tencia es la superación de la violencia. David no había sido digno de construirlo por sus violencias, lo construyó Salomón, por ser un hombre de paz. Poco a poco se fueron dando las condiciones para que cayera el reino de Judá, desapareciera el templo e Israel fuera al exilio de Babilonia.

La paz profética no se identifica con una simple disposición interior, ni con una simple tranquilidad por los armisticios que con ellos se hacía; exige algo más de fondo: La radicalidad de un corazón transformado que no se contenta con simples pactos exteriores. En la última etapa de la vida del reino de Judá (Jer 7) se condena la pasividad judeísta de Israel quien había llegado a asimilar la paz con la posesión de la ley, el templo y la tradición Davídica. Estos signos habían adquirido para Israel un carácter mágico con respecto a la paz.

La Paz una Palabra de Esperanza

Consumada la catástrofe, Israel vuelve a percibir el eco del Evangelio de la paz (Is 52,7; 55,12). Previamente, Jeremías les había comentado a los deportados que los pensamientos de Dios son de paz y no de mal (Jer 29,11). La nueva paz será consecuencia de un nuevo éxodo que conducirá a los deportados hacia una nueva Jesrusalén como ciudad de la fidelidad y la justicia.

Quizás los profetas del exilio teniendo en cuenta la suerte trágica de la monarquía eluden ubicar la paz en cabeza de un descendiente davídico; pero pasado el exilio reaparece la paz en manos de una figura real (Zac 9,9-10) Para Isaías la paz que se promete será un resultado de la justicia. La nueva Jerusalén será gobernada por la paz y la justicia.

"Te pondré como gobernante la paz, y por gobierno la justicia, no se oirá más hablar de violencia en tu tierra, ni de despojo o quebranto en tus fronteras, antes llamarás a tus murallas "Salvación" y a tus puertas "Alianza" (Is 60, 18). El contexto del capítulo sesenta de Isaías

nos indica que esta paz de Jerusalén tiene un horizonte universal y que, ante la frustración de la paz después del exilio, Yahveh mismo se pondrá la justicia como coraza y el casco de salvación en su cabeza; como túnica, vestido de venganza, y celo como manto; será la paz del siervo de Yahveh.

En la época del exilio, Jeremías predica la paz como **Shalom** que debe identificarse, incluso, estando en tierra extranjera. **Shalom** es una actitud interior que se hace realidad en cualquier lugar; allí donde los hebreos viven, o por donde éstos pasan; no importa que se trate de la esclavitud (Jer 4, 4-14) "Buscad el **Shalom** del país a a donde yo os he hecho deportar y orad a Yahveh por él, porque de su **Shalom** depende el vuestro". El **Shalom** trae consigo la justicia e implica la libertad, tiene un carácter social porque es historia en la historia.

En el libro de Emmanuel, Isaías hace de la paz una persona (Is 8, 23-9,6). En el mesías prometido la historia de la paz tiene una identidad antropológica, en la que la historia de la paz se hace la paz de esta historia. Ezequiel precisará la historia de la Alianza, declarándola Alianza de la paz, Alianza que será eterna.

El Deuteroisías, en cuatro cantos, nos habla de un siervo de Yahveh que tendría como misión dictar justicia a las naciones, encarnando el pacto de Dios con su pueblo; no será un hombre vociferante o grandilocuente, no partirá la caña cascada, ni apagará la mecha humeante (Is 42, 2); ofrecerá sus espaldas a los golpes, su barba a los tirones, su rostro a los insultos y salivazos (50,6), pues sabe que Yahveh es quien le ayuda y el que establece y declara su justicia (50,8). El no hace violencia, contra él se desata la violencia (52, 14-53,7). Contra él se lleva a cabo un juicio inicuo (53,8); pero toda esa violencia injusta devuelve la paz a Israel; se trata de un sacrificio de expiación.

Este siervo penetra al corazón de la violencia, pero sin contaminarse, para restablecer la justicia, el derecho y la paz.

El último Isaías declara en su visión pos-exílica que el mesías concretiza la paz de forma que "El fue transpasado por nuestras rebeliones, por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron" (Is. 53,5).

Esta profecía quedará a la espera de su cumplimiento en Jesucristo quien es la nueva Alianza, el **Shalom** que forma un nuevo reino pero de este mundo. A esta paz se accede mediante la sangre de Jesús, derramada por muchos para el perdón de los pecados (Mt 26,28; Jn 18,36). En este contexto se inserta el augurio de paz que Jesús deja a los suyos, como herencia última del crucificado resucitado (Jn 14,27; 19- 27).

Cristo es nuestra Paz

La paz de que nos habla el Evangelio es una persona: Jesucristo "Así que, recordad cómo en otro tiempo vosotros, los gentiles según la carne, llamados incircuncisos por la que se llama circuncisión por una operación practicada en la carne, estábais a la sazón lejos de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y extraños a las Alianzas de la Promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo; mas ahora, en Cristo Jesús, vosotros los que en otro tiempo estábais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo. **Porque él es vuestra paz:** El que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que les separaba, la enemistad; anulando en su carne la ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un sólo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliando con Dios a ambos en su sólo cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la enemistad. Vino a anunciar la paz: Paz a vosotros que estábais lejos, y paz a los que estaban cerca. Pues por él, unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu" (Ef 2,11-18). Según Pablo, en Cristo han caducado todos los privilegios de la ley de la circuncisión porque el Sinaí deja su puesto al Calvario. La cruz es un sacrificio definitivo y alternativo; al mismo tiempo la identidad no proviene ya de los hebreos sino de Cristo en la cruz quien liquida toda mortalidad.

Pablo se refiere a una valiosa tradición profética que considera la paz como "reconciliación con Dios"; Cristo destruyó en su propio cuerpo los muros de separación que tenía el templo: El es nuevo y único templo de la Alianza definitiva de Dios con los hombres. Cristo se coloca más allá de la ley del "muro" y la liquida con la ley de la caridad, sin la cual todo es vano (1 Cor 13, 1-13). Entrar en la paz de Cristo significa recibir a Cristo como don, de suerte que en Cristo la paz se hace nuestra.

Cristo es la reconciliación final y definitiva entre Dios y el Hombre. La paz es obra de Dios, cumplida y significada en Jesucristo. El que recibe y vive la paz de Cristo, es decir la caridad, se sentirá impulsado a trabajar por la paz y la fraternidad. Unidos a Cristo por medio del Espíritu, los Cristianos podemos prolongar la paz y la reconciliación inaugurados en forma definitiva por Cristo. Se trata de la historia de la paz, que ya ha sido iniciada y debe continuarse bajo la responsabilidad de los cristianos como paz pública, sin ir a arrinconar a la esfera privada de los corazones piadosos. Es una historia que no tolera la violencia, injusticia y discriminación entre los hombres. Pablo declara que no sólo ha caducado la alteridad hebreo-griego, sino también la diferencia esclavo-amor, hombre-mujer (Gal 3,27-28).

San Pablo desprivatiza la paz como cualidad de almas buenas y propone como una solución viable, un camino posible, una esperanza, que como tal, debe ser siempre una historia pública y política. Hay, pues, una íntima relación entre la paz histórico-política con la paz mesiánica

En Cristo todo proyecto debe llevar a la paz como expresión máxima de reconciliación; en esto, el pensamiento hebreo se diferencia del occidental, en cuanto que éste considera la paz no como un fin sino como un medio, pues permite realizar otros proyectos, tales como el orden:

La trascendencia de la paz neo-testamentaria adquiere todo su relieve cuando se comparan la Antigua y la Nueva Alianza. El contenido de la Alianza es siempre la paz

en su doble dimensión vertical y horizontal; es decir, la paz del hombre con Dios, y la paz entre los hombres; mientras que en el Antiguo Testamento la paz no va más allá de los límites de las relaciones morales, en el Nuevo Testamento implica una verdadera comunión vital: Los hombres participan en Cristo de Dios, y esta comunión crea entre los hombres una solidaridad fundamental.

Jesús es saludado con "La paz" en su nacimiento (Luc 2,14) y en su entrada triunfal en Jerusalén. Simeón, después de conocer al Salvador, quiere morir "en paz" (Lc 2,29); Jesús saluda y despide con la paz a quienes alcanzan el perdón de sus pecados (Mc 5,34; Lc 7,50;8,48); Jesús da la paz a los suyos no como la da el mundo (Jn 14,27); sus palabras dan la paz (Jn 16,33). El saludo del Resucitado a la Iglesia es: "La paz sea con vosotros" (Lc 24,36 Jn 20, 19-21-26).

El saludo de paz, ampliado en los términos gracia y misericordia, es para el Nuevo testamento una fórmula de bendición (Rom 1,7; Gal 1,3; 6,16; Filp 1,2; Col 1,2; 1 Tim 1,2;2 Jn 3; Jud 2). Juan Bautista ha venido "para guiar nuestros pasos por el camino de la paz". Cuando los discípulos lo escucharon como bienaventuranza se quedaron asombrados, pues les estaba prometido algo que sobrepasaba sus aspiraciones, ser llamados hijos de Dios por hacerse responsables de la paz; pero no de la paz que queda reducida a guerra y compromiso pacifista con el mal; que no es la mera ausencia de lucha ni la tranquilidad en el desorden o la dureza del corazón; tampoco es el pacifismo que olvida los derechos y deberes; es la paz de Cristo.

Se trata de una luz bienaventurada, es decir, nacida de Dios y comunicada por Cristo; paz interior en cuanto significa el establecimiento del Reino en nosotros mismos. La teología de la paz es un capítulo de la teología del Reino de Dios.

Esta paz es una convivencia que se establece a partir de la verdad, la justicia, el amor, la solidaridad, la conquista de nosotros mismos, la victoria sobre los egoís-

mos, el progreso. Esta paz significa lucha frente a los enemigos de nuestra salvación (Ef 6,12). Paz apostólica de irradiación de la verdad y la vida (Rom 10,15). Paz cristiana-social, orden nuevo en la tierra, anticipo de la restauración definitiva y total en Cristo (Ef 1,10; Ap 21,5).

En Mateo hay dos bienaventuranzas que no se refieren a una disposición interior, sino a una actividad que va en beneficio de los otros, la de los misericordiosos y pacificadores;relievan la importancia que el primer evangelista da al amor del prójimo; porque la paz, a la vez que se ama se construye.

La relación entre hacer la paz y ser hijo de Dios está en que las dos partes de la bienaventuranza indican la conformidad con Dios.La acción por la paz es una aplicación particular del deber de misericordia que corresponde a la conducta de Dios hacia los hombres y en virtud de esa conformidad nos hacemos aptos para recibir el título de hijos de Dios.

Sólo es pacificador el que ama en plenitud, por eso, el amor total es el fruto de esta bienaventuranza, que culmina allí donde se unen los dos preceptos: Amar a Dios y amar al prójimo. Construir la paz, obra de la misericordia y conocimiento de la caridad, es lo más actual y necesario en nuestros días, está en el primer plano de la misión y actividad apostólica, pertenece a la esencia de lo cristiano, es el culmen de las Bienaventuranzas. No son bienaventurados los pacíficos sino los pacificadores, es decir, los que promueven activamente la paz, los que se esfuerzan por establecerla en el mundo. A éste se le llama hijo de Dios, como ciudadano del Reino mesiánico que es el Reino de Paz.

Trabajar por la paz es una obligación y una necesidad, porque de esta misión depende que el hombre llegue a ser hijo de Dios. La paz del Reino es el alma de todo esfuerzo humano para que los hombres lleguen a ser hijos

de Dios.

La Paz objeto de Misión Pastoral

La paz supone el respeto a la verdad, a la justicia, a la solidaridad. La justicia crea la paz; todo esfuerzo por ser justos en los juicios, en las palabras y en las obras enraizan la paz en la comunidad.

Al mismo tiempo, la eliminación de todos los motivos de conflicto al interior de la comunidad, y la promoción del diálogo y el entendimiento, irán afianzando el clima de paz. Se requiere en la acción pastoral detectar muy bien a qué nivel se encuentran los conflictos que impiden un ambiente de paz: personas, grupos, mentalidades, estructuras, ideologías, condiciones sociales.

A todos nos compete una educación para la paz, pero es tarea primordial para quienes tenemos responsabilidades pastorales con la comunidad, ya que por vocación debemos ser hombres de paz, manteniendo una voluntad de solución a múltiples conflictos cotidianos que se dan en la comunidad, en todas sus dimensiones: personal, familiar y social.

La paz se juega en el ámbito interno y local, lo mismo que a nivel de la justicia social y la diplomacia, aunque son diferentes los métodos de tratarla.

Educar para la paz no es sustitutivo de lo político, pero es una contribución fundamental para el proceso de pacificación de cualquier comunidad: aprender a dialogar, a dominar la agresividad, ser razonables en los conflictos, reconocer las limitaciones, procurar comprender a los demás, evitar los prejuicios. No aceptar determinismos, ya que las conductas contrarias a la paz son aprendidas, tampoco puede ser argumento el hecho de que siempre ha habido violencia, pues el futuro no necesita forjarse exclusivamente en moldes del pasado. No hay violencias inevitables pues esto las hace más probables; además, toda violencia es producto de grupo y los procesos grupales siempre pueden alterarse.

La paz tiene una dimensión personal a la que, sobre todo nosotros los líderes espirituales, debemos contribuir en cada momento. La paz no es individualista sino personal, es decir: con relación a otro, en comunión con otros, en la verdad. Ella tiene también una dimensión más amplia en la medida que yo descubra a todo hombre como hermano. La paz se da y se recibe: se recibe de Dios como comunicación de su amor paternal; y se da a los demás por nuestras actitudes de justicia, solidaridad, compartir, reconciliación. Se acepta de los demás en la misma forma.

Se requiere además anunciar la paz, predicarla, pero predicarla en paz, apoyados en la palabra de Dios, en Jesucristo que es el Dios del amor y de la paz. Debemos hablar claro y en alto sobre la paz porque esta palabra se fundamenta en la palabra suprema de la paz que es Jesucristo, nuestra paz.

Hay una experiencia personal y comunitaria sobre la paz que es primordial para la misma paz: **La oración**. Esta ra de Dios en la Historia; nos permite superar las resistencias a la paz; nos permite mirar la paz desde Dios como objeto de revelación. La oración cumple una función exorcizante en la lucha por la paz, nos abre al amor de Dios y al prójimo constituyéndonos como hombres de paz. En la oración por la paz, la Iglesia comienza a gustar lo que suplica, y se compromete con lo que pide: **LA PAZ**.